



CERVANTES Y EL MAR

POR EL
DR. ANTONIO DE HOYOS
Profesor Adjunto de la Facultad de Filosofía y Letras

I

HISTORIA Y ARTE LITERARIO

*¿Hay acaso placer mayor que, sentado en las largas
noches de invierno junto a la leña que arde y zumba
en la chimenea, soñar con un paisaje favorito?*

UNAMUNO. «Andanzas y Visiones Españolas».

Estas palabras de Unamuno pueden servirnos muy bien para ganar una sensación concreta de la obra cervantina en un mundo variado como el mundo del autor del *Persiles*.

Entender la obra cervantina, es tanto como percibir a través de su espléndida producción una poderosa realidad y una gran ficción, creada y recreada en «*un mundo histórico esfumado al que sólo la lectura nos presta acceso*» (1), y donde confundimos, sin saber a punto, qué es lo real, y qué lo fingido, entrelazados en la sutil y maravillosa trama del Arte.

Historia y arte literario se confunden, pero nos queda el recurso de sorprender la intimidad del autor, allá en la madurez de su vida junto al fuego del hogar, recreando su vida del mar para llevar a sus novelas su corazón y su fantasía, y legar para complemento de su *D. Quijote*, el primer intento de novela moderna, donde ha dejado lo mejor de sus pensamientos. Y así vemos en las escenas del *Persiles*, el mar de su juventud



con sus amores, novelados a la manera griega «como una puesta de sol que todavía tiene resplandores de hoguera» (2).

Historia amarga la vida de Cervantes. Desconocido y desestimado; soldado y cautivo por el honor de la Patria; empleado como recaudador de alcábalas y creador genial de Alonso Quijano; viajero y poeta.

Esta es su vida y su historia, disfrazada y perdida en el arte literario de la novela, donde presentimos en afecto hondo a su persona el engaño trágico de su obra y de su vida.

Su vida en el mar existió en la tierra, y la grandiosidad de la tierra la presintió en el mar. Una llanura ancha como el mediterráneo necesitaba para hazañas de su *D. Quijote*. El mar de sus novelas es el mar visto desde la tierra, recreado en la soledad, como un libro en la mano, la *Odisea* del divino Homero en edición de verbo castellano, obra familiar presentida en el *Persiles* (3), porque en esta obra domina más que el motivo real y pintoresco de personajes de baja condición, su formación cultural novelística de libros de la mitad del siglo XVI. Falta en el *Persiles* la frescura de la Gitanilla, la alegría de aquel ambiente, trasunto real de su viaje a Cartagena desde la ciudad portuguesa de Tomar, época de encrucijada en la vida de Cervantes, y solución optimista a sus grandes pesares, cuando cruza la Mancha con encargo real y diplomático.

Así que, en nuestro intento de sistematizar el mar en la vida, obra y pensamiento de Cervantes, hemos de tropezar con hechos reales fáciles de percibir, si estos se afirman en un rigor histórico, en el dato concreto o en la prueba; motivos artísticos que pertenecen a la estructuración literaria de la obra cervantina. Por otra parte, nos encontraremos con unos valores ocultos en estos hechos sincrónicos y literarios que pueden presentarse a nuestra capacidad crítica. Pero sobre toda estimación cronológica o concreta de la referencia precisa, nos interesa destacar la interpretación del pensamiento estético de Cervantes respecto del mar.

II

EL MAR Y EL SIGLO DE ORO

Entre las conquistas de España en el Siglo de Oro, tenemos el mar. Su misterio fué penetrado por los audaces marinos españoles que abrieron rutas en el mar Tenebroso. Todo el siglo XVI fué para España «un estallido de energía». Recordemos los nombres de los primeros circunnavegantes: Elcano, Legazpi, Magallanes (4). Cuando Cervantes es un muchacho, el mar ha inquietado con un nuevo sentido a muchos españoles ajenos a la atracción marinera. El mar Tenebroso en esta época es ruta de Cristo hacia América, y el Mediterráneo—pronto lo sabrá Cervantes—avanzada contra el poder creciente de los turcos. Si Castilla no puede ver el mar (5) lo verán sus hombres.

Las primeras rutas colombinas, han abierto nuevos rumbos a la vida española que se expande en lo infinito. El Imperio de Ultramar hace que se tenga presente a cada instante los acontecimientos marinos. Fuente de codicia es para unos, para otros, arriesgada aventura, para España, territorios nuevos que fortalecen el Imperio. El mar llega a hacerse tan necesario como a los griegos de las Islas, y desde las costas de la Península, y desde Italia, cara al mar, se defiende la tradición heroica de los habitantes de Iberia.

El mar, como otras conquistas del Renacimiento, significa una nueva sensibilidad y un sentido de belleza distinto. Al mismo tiempo, se valora la belleza de las ciudades y se conquista para la Literatura la emoción de la montaña. Como el mar, la montaña tendrá en Cervantes una particular estimación (6). Esta renovación artística y este sentido nuevo de la belleza permitió a España una producción literaria como jamás había alcanzado, y en sus obras notamos pinceladas breves de paisajes del mar o de las selvas americanas, presentidas en el poema de Ercilla. Junto al Arte, los navegantes españoles hacen rutas de fe y en ellas los guerreros conservan incólumes esta empresa.



III

CERVANTES Y EL MAR

Si hubiésemos de reseñar las alusiones de Cervantes al mar habríamos de comenzar por el *Quijote*, luego las *Novelas Ejemplares*, más tarde el *Viaje del Parnaso*, donde hay alusiones frecuentes, y finalmente el *Persiles*, sin olvidar las referencias de su obra poética y dramática. Pero no es nuestro intento hacer unas referencias exhaustivas, porque ello no nos interesa, sino hacer lo posible por conocer el pensamiento de Cervantes respecto del mar—como haremos más adelante—pensando que este sentido crítico tiene más interés.

El mar, como hemos dicho, está novelado desde la tierra, y esto da lugar a alusiones reales y fingidas.

Sucede con el mar en la obra de Cervantes lo que con sus personajes. Muchos son reales, pero otros son modificados en la narración, adaptándose a su intención novelística, como pasa con Agi Morato, moro principal que no es sujeto de la invención de Cervantes, aunque en parte o enteramente sea imaginada la historia de los amores de su hija. Así piensa Rodríguez Marín, valiéndose de las noticias de Fray Diego de Haedo (7). Esto es frecuente en la obra cervantina, donde acaecen las cosas con un doble sentido de realidad y de ficción, hasta tal punto que si encontrásemos algún personaje, difícilmente le reconoceríamos.

Las alusiones al mar, unas participan de este sentido de realidad, y otras de ficción, sobre todo en las *Novelas Ejemplares*, pues se caracterizan por lo inverosímil de la intriga, por la ausencia casi completa, si prescindimos de ciertos detalles de las cualidades de observación y de realismo (8) detalles que creemos ver en la historia del Cautivo o del morisco Ricote.

En oposición al sentido de ficción reseñamos sus palabras sobre Lepanto «*la más alta ocasión que vieron los siglos y esperan ver los venideros*». Esta ocasión pertenece en su plenitud a la jornada más importante de su vida en el Mar de Ulises.



Por el exceso de alusiones al mar reseñaremos algunas en las notas del final, que convengan a nuestra intención crítica. Así pues, el sentido que domina en la *Española Inglesa* es parecido, casi idéntico a otras muchas alusiones, incluso al mismo *Persiles*. Cervantes pretende interesar más con los hechos que con las descripciones. «*Aquella noche echaron velas y se dieron prisa a apartarse de las costas de España*» (9). Hay aquí una oportunidad para dar idea del mar en la noche, y, sin embargo, creemos que Cervantes deja a un lado su sensación desestimada en la novela. La narración de Clotaldo en la misma obra y sus alusiones al mar sigue la misma trayectoria; lo mismo observamos en el *Amante Liberal* (10).

En el *Quijote* hay un momento en que presentimos el paisaje minucioso, moderno y hasta parece que lo intenta, pero quiebra la descripción de una manera súbita (11). Y en el curso de sus obras sigue el mar concreto, movido por el remolino del agua o sereno por la placidez del viento. En sus alusiones a galeras la descripción es más desenfadada. Se ve como Cervantes recuerda hechos reales del servicio de la Marina Real, para novelar, por ejemplo, a la hermosa morisca, de la misma forma que ya había hecho en la *Novela del Cautivo*. En Sevilla alude al Guadalquivir, fenómeno corriente entre los poetas, como sucede a Garcilaso, «más poeta de río que de mar» y en el *Viaje del Parnaso* hay una descripción del puerto de Cartagena con un recuerdo a Lepanto. Numerosas son las alusiones, pero nuestra intención, como podrá verse en el siguiente capítulo, se interesa más por el sentido estético y emocional del mar en el pensamiento de Cervantes.



IV

EL PENSAMIENTO DE CERVANTES Y EL MAR

¿Qué pensamientos eran los de Cervantes respecto del mar? ¿Cuál era su emoción ante el azul inmenso? Cuestión ésta nada fácil de aclarar.

Han pasado muchos años, las referencias son muy breves, y el pensamiento como la vida se escapan en un fluir eterno y renovador.

Pero he aquí, que en su obra inmortal, en su *D. Quijote*, hallamos una expresión que creemos reveladora. Es el momento que D. Quijote y Sancho llegan a Barcelona. «*Vieron D. Quijote y Sancho el mar hasta entonces de ellos no visto. Parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las Lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto*» (12). Nuestro punto de partida para conocer el alcance de este trozo del *Quijote*, al que concedemos importancia, arranca de un sentido reflexivo por nuestra parte. Es muy curiosa esta ocurrencia sobre el mar; decir que es más largo que las Lagunas de Ruidera es decir mucho, según el pensamiento que nos ocupa.

Cervantes ha sido, antes de la creación de su *D. Quijote*, soldado en el mar. Ha tenido tiempo de admirar la grandeza de sus aguas. Ha presenciado la salida y puesta del sol, y ha visto el mar en infinitos cambios.

Hay en esta frase una gran ingenuidad y un rasgo más de humor, que nos acerca a su espíritu más que a la naturaleza de la descripción. La descripción es una excusa para su pensamiento, y esto es para nosotros lo más interesante. Cervantes conoce muy bien el mar, y concede esta expresión con pleno dominio de ella, como dominó a *D. Quijote* a fuerza de ser humano, limitando con su humanidad la obra, que es en definitiva su mérito artístico. Así penetró y superó uno de los fenómenos más humanos y a la vez más complicado, que es el humor.

La frase de Cervantes nos hace sonreír, rasgo típico del humor, y al mismo tiempo sabemos que miente, uniendo su mentira a una posible verdad novelística, que es también humor. Cervantes sabe que el mar es



mayor que las Lagunas de Ruidera, y hasta es posible que lo sepa D. Quijote, pues no desconocemos cuales eran las lecturas de Alonso Quijano. Estamos en la cuenta de que ambos personajes, Cervantes y D. Quijote conocen el mar; sin embargo le hace motivo de humor.

Desde este punto de vista que anteriormente reseñamos, partimos en nuestra investigación crítica respecto del sentido estético del mar. Ante él Cervantes tiene, por lo menos en este momento, un rasgo de humor, que le acredita como dominador de él, no permitiendo que la impresión del mar se desarrolle por sí misma, conforme a su naturaleza esencial.

Todos conocemos la emoción del mar, cómo ante la presencia del mar llega ésta a nosotros transformada en emoción plena, sin límites. Hay casi siempre un sentido religioso en su grandeza. Cervantes, no obstante, limita el mar en el trozo que reseñamos, con el fin de desarrollar lo que parece puramente arbitrario como realmente pleno de verdad (14) y, efectivamente: el mar es mayor que las Lagunas de Ruidera.

Quizás sea esta impresión la que conviene a Sancho, pero de todos modos, esto es dominar la amplitud conmovedora del paisaje marítimo. Cervantes no confunde la impresión del mar, ni con la religión ni con la filosofía, como hacía la vieja escuela, sino que lo confunde con su humanidad, con su genial intuición, limpio de concepto, con lo que podemos concebir la plenitud lograda en su espíritu palpitante y lírica (15).

En el mar tuvo Cervantes sus mayores infortunios y sus contrariedades graves. Al mismo tiempo le compensó la gloria militar y la libertad, mas de todas formas hay en mar, para Cervantes, un presagio inmediato de tragedia: el probable aniquilamiento de la idea cristiana, y la muerte en el cautiverio. En ambos lugares, la majestad del mar, preside los dos acontecimientos más notables de su vida; y si es verdad que el arte suaviza incluso los infortunios trágicos más terribles, transformando el dolor en goce (16), pensemos en qué medida pudo influir el mar en el ánimo de Cervantes.

Creemos hallar en Cervantes en el mar y frente a él contemplándole, una libertad de potencia intelectual que acredita en otros aspectos de su vida, especialmente en su D. Quijote, un profundo individualismo.

El mar de su vida, y no el mar de sus novelas—porque aquí difícilmente le vemos—ha supuesto en Cervantes, que era de «*tierra adentro*», una gran firmeza a su pensamiento individual. Su meditación debió comenzar en el Mediterráneo, azul y prometedor de bellas islas con «peristilos blancos» y de homéricas rubias; al aparecerle como fenómeno principió a formar su dignidad frente a la fuerza de esa naturaleza (16).

Ahora bien: ¿Cómo es posible que una sensación tan grande haya discurrido por su obra de una manera sobria?



He aquí una cuestión planteada hace ya algunos años por Azorín, si no concretamente respecto del mar, sí, respecto del paisaje.

Este gran escritor y crítico acusó que poetas y literatos no habían sentido el paisaje de la manera que fué llevado más tarde a la Literatura y a la Poesía. Comentando el poema del Cid, decía que un verso o una indicación sumarásimas, compendiosas hacía columbrar un paisaje.

Esta manera descriptiva del rapsoda de Medinaceli se mantuvo en la producción poética y literaria, y el paisaje, como el mar, siguió oculto o presentido en rasgos muy breves, no sólo hasta la época de Cervantes, sino hasta el Romanticismo, donde Gil y Carrasco se arranca con unas descripciones jugosísimas y minuciosas, anticipo del sentido estético del paisaje actual, y precursor del arte de Valle-Inclán. El mismo Azorín, en su obra *Madrid*, dice, que si a un clásico se le hubiera dicho que el paisaje podía constituir la obra literaria, no lo hubiera entendido, el mismo Cervantes sería uno de ellos (17).

En realidad el sentimiento del paisaje, no se había desarrollado de una manera literaria, pero la potencia del paisaje, existió en muchos escritores del Siglo de Oro. Recordemos a Fray Luis de León como buen paisajista en los *Nombre de Cristo*, concretamente en el capítulo Monte. El paisaje, pues, no tuvo una expresión literaria tan magnífica como la actual, ni el mar fué sentido a la manera moderna, pero ambos valores de la naturaleza eran sentidos individualmente por sus escritores. Azorín ha meditado, como cualquier lector, ante la soledad verde de Fray Luis de León. En Cervantes se presiente una sensación de soledad y de silencio en el capítulo XIX del *Persiles* (18). Claro es, que la conquista total del paisaje, ha fortalecido la novela, y, sobre todo, ha logrado imprimir una belleza literaria que no alcanzaron los escritores del Siglo de Oro.

Entre la descripción austera de Cervantes, y el nuevo sentido del mar, se nota un proceso de conquista tan enorme y tan superior que no admite discusión. El mar del *Persiles*, misterioso y dorado por el sol de media noche ha supuesto en la novela moderna cuadros maravillosos, y el mar de Shanti Andía es la máxima conquista de la novelística moderna. Pero no sabemos a punto fijo por qué el sentido estético del paisaje marino se presiente, a veces, en la obra cervantina, es probable que sea un perjuicio de nuestra sensibilidad moderna la que nos hace intuir en las obras del período clásico este sentido nuevo del mar. Cuando Shanti Andía dice que «*el mar nos aniquila y nos consume, agota nuestra fantasía y nuestra voluntad. Su infinita monotonía, sus infinitos cambios, su soledad inmensa nos arrebatada a la contemplación*», creemos ver todo ello implícito en esas alusiones constantes de Cervantes (19).



A Cervantes, el mar, le ha trabajado el cuerpo y el alma, y sus mejores reminiscencias, quizás después de la Mancha, son marinas. ¿Pero qué es la Mancha sino el mar de surcos, viñedos y triguales? Mar de mi tierra; horizontes de mi D. Quijote, donde aparecen en sutil metáfora bajeles como esforzados caballeros.

Una consciencia de grandeza del mar llevó a Cervantes a la Mancha, y en la llanura del mar presintió la grandeza de la tierra de Alonso Quijano. Cuando nuestro Cervantes habla del mar está en la tierra, sin cuadernos de notas, sólo con sus recuerdos y su paisaje preferido, recreando el mar de sus novelas, su mar de victoria y de desgracia, meditando y anticipando la Filosofía en la que la «realidad de las cosas es obra de las cosas, la apariencia de las cosas es obra del hombre, y un espíritu que se alimenta de apariencias no se regocija ya en lo que recibe, sino en su propio acto». Su placer de ahora es el de las largas noches de invierno junto al fuego del hogar que arde mientras zumba el viento y suena fuera la lluvia, soñando que por el mar de la Mancha camina su D. Quijote, adherida a su alma como a los bajeles, conchas marinas, recuerdos de muchos mares caballero en el mar de su tierra «sin barcas, sin velas, desvelado» (21).

